

disilà...
...là

Jean-Noël Vuarnet

El filósofo-artista

Prefacio de Michel Surya

Título original:
Le Philosophe-artiste

Traducción de Meritxell Martínez
Relectura de Daniel Seguer

© de la edición francesa: Éditions Léo Scheer, 2004
© del prefacio: Michel Surya
© de la traducción y la presente edición: incorpore, 2015

incorpore@incorpore.org
www.incorpore.org

Diseño de cubierta: incorpore

ISBN: 978-2-9544979-7-6



Prefacio

Michel Surya

DEL MAL MAESTRO... – En Francia, es ante todo por sus libros sobre la mística, la mística en general, la mística femenina en particular, que se conoce hoy a Jean-Noël Vuarnet. Principalmente por *Extases féminines* (1980) y *Le Dieu des femmes* (1998). Es justo que estos libros sean conocidos y admirados, pues son efectivamente admirables. No lo es, sin embargo, que lo sean al precio del olvido de aquello que tienta llamar la primera parte de su obra, y de la que esta segunda procede, de la que no es sino una prolongación, una digresión, una excrecencia (pero hablar de «partes» en la obra de Jean-Noël Vuarnet es una comodidad que no sirve sino para facilitar su acceso; un conocimiento más profundo de ella impone relegarlas rápidamente al olvido: esta obra, que en cualquiera de sus partes otorga un gran valor a la pluralidad, es en realidad sorprendentemente homogénea).

Porque Jean-Noël Vuarnet ha sentado con anterioridad las bases teóricas de lo que demostraría, ilustraría, escenografiaría más tarde —se debe insistir sobre ello. Con anterioridad, en dos libros esenciales: *Le Discours impur* (1972), el primero, que publica a los 27 años (hay que precisar, no obstante, que ya ha publicado libros de literatura, novelas y relatos); y *Le Philosophe-artiste* (1977), que publica a los 32, y que se ofrece aquí en una traducción de Meritxell Martínez. Sin duda, su libro maestro. De sus libros, aquel que hizo de él un maestro. Un mal maestro, se entiende. Que lo hizo para que ya nadie tuviera un maestro, para que ya nadie dudara de que así debe ser en todo y para todo, sin saber no obstante todavía

cómo, ni de qué proviene, ni a quién se lo debe. Se organiza aquí un comienzo, que es también el de sus lectores.

...Y DE SUS MALOS PRECEPTOS – La verdad obliga a decirlo: incluso en Francia, Vuarnet no es demasiado conocido, sea cual sea su libro. ¿Atestigua esto su fracaso? Atestigua el inevitable fracaso de lo que se propuso, lo que lo distingue, por lo que cuenta: es imposible alzarse sin riesgos contra la filosofía —*a fortiori* desde el interior de la filosofía. Hoy en día, se admite que Nietzsche haya escrito y protestado contra ella, que haya quemado su vida en ella, pero a condición de que lo haya hecho *en cuanto que filósofo* (¿pero acaso alguien ha visto jamás «quemarse» a un filósofo?). Quienquiera que siga sus huellas, que diga: con lo que quería acabar Nietzsche es con la filosofía y es con ella con lo que la propia filosofía debe acabar, es un engreído, un sabihondo (que muerde la mano que le da de comer) y que, como tal, será desterrado. «*Haremos peligrosa la filosofía*, había advertido Nietzsche, *transformaremos su concepto, enseñaremos una filosofía que sea un peligro para la vida*». Vuarnet llega un siglo más tarde, añadiendo a ello: y que, al ser un peligro, es una dicha.

EL PENSAMIENTO VS. LA FILOSOFÍA – En efecto, la posibilidad del pensamiento no está totalmente contenida en la filosofía; va más allá de ella. Lo que no se sabe sino a condición de ser como mínimo filósofo. A condición de ser filósofo tanto como es posible serlo. Jean-Noël Vuarnet fue, pues, ese filósofo. Lo fue lo bastante como para que ocurriera que la filosofía ya no le bastara. El momento de esta insuficiencia es indeciso (varía según cada cual, convocando una experiencia que es difícil determinar, de la que se presiente, sin embargo, que es esencialmente experiencial). Reconozcámoslo: por muy lejos que la filosofía lleve al pensamiento, llega un momento en el que hay que abandonar la filosofía *para continuar* pensando. Ese momento es turbador (fascina también, pero no

sin ambigüedad): haber confiado tanto y tanto tiempo como haya sido posible en la razón (en el *logos*), es decir, en la igualdad que postula la filosofía entre pensamiento y razón, y perderla. Se designará a ese *filósofo-al-menos* que en adelante deja de serlo con el nombre de: *filósofo por añadidura*. Aferrándose a Nietzsche, tanto contra lo que le precedió como lo que le siguió, Vuarnet suele denominarlo: *filósofo-artista* (unas veces «filósofo-artista», otras veces «pensador-artista»), para marcar explícitamente que lo que queda de la filosofía en la «filosofía-artista» es, esencialmente, el pensamiento, que es lo que paga la filosofía por exponerse al arte —al arte como modalidad del pensamiento—; recuerdo la frase de Deleuze, inaugural en cierto modo, para él y para muchos: «*El arte piensa*» (lo que cabe entender en este sentido disyuntivo: el arte es pensamiento y no *objeto de* pensamiento).

EL PENSAMIENTO VS. LA FILOSOFÍA, 2 – De esta razón, cuyo extremo debe alcanzar el pensamiento para cumplir la tarea que le es propia, Bataille dice simplemente que es la más exigente. Lo dice en un proyecto de prólogo a uno de sus libros más tensos: *Sur Nietzsche*: «*Este libro sella al mismo tiempo el acuerdo de la locura pura y de la simple razón (la más exigente)*»¹. No es seguro que Vuarnet se atenga, tanto como Bataille lo sugiere aquí, a la razón, *a fortiori* a la más exigente, pero sí lo es que se interesa cada vez más a todas las formas y a todas las figuras en las que la razón se ha histerizado siempre y se seguirá histerizando: las forma y las figuras de la «locura pura» (precisión: el filósofo-artista no es ciertamente un histérico, pero sostiene que a la filosofía-artista siempre le interesa la histeria).

LO IMPURO – Pregunta adyacente: ¿en qué sentido Bataille o Blanchot o Klossowski, por ejemplo, son filósofos cuando no lo son en absoluto? ¿Y en qué sentido Vuarnet no es filósofo en absoluto

1 G. Bataille, *Œuvres complètes*, t. VI, Gallimard, 1973, p. 378.

cuando, sin embargo, lo es? Serlo o no serlo depende, sin duda, de la universidad (a la que él perteneció, por su formación, por su enseñanza). En tal caso, Jean-Noël Vuarnet es ese filósofo que rehuyó, no obstante, tenazmente, por no bastarle la filosofía. Insuficiencia de la filosofía que, en su caso, es esencial. Que la filosofía les sea suficiente a muchos, no sorprende. Aun y así, no les es suficiente a todos, los cuales van al encuentro de quienes, al no haber recibido una formación, al no haber pasado por la universidad, pensadores, artistas, han llegado por caminos propios, caminos extraños en realidad, a la filosofía más «pura» (sensible, patética, trágica —precisamente aquella que Vuarnet denominará «*impura*», cediéndole la pureza al otro, al que pretende alcanzarla). Se encuentran y se reúnen, pues. Pero no sólo se reúnen, sino que comparten además el deseo de intentar articular desde ahí algo inédito, algo a lo que aún puede sin duda pretender la razón, aunque no sea más que parcialmente. Algo a lo que no le basta la filosofía para que el pensamiento sea posible, aun a riesgo de serlo como posibilidad de lo imposible.

EL SALVAJISMO – Ese *momento* es indeterminable en el caso de Jean-Noël Vuarnet, quien es precoz en todos los sentidos, quien ya en 1968 da a la revista *Critique* (fundada —no puede ser fortuito— por Bataille) una reseña de *La Philosophie de la tragédie. Dostoïevski et Nietzsche*, de Léon Chestov. En 1968, tiene 23 años. Eso es tanto como decir que semejante «momento» se ha dado, para él, desde siempre, y que desde el principio ha optado por pensar el pensamiento de los «*refractarios*», de los turbulentos, de los heréticos, de los salvajes (salvajismo filosófico que Chestov deseaba vehementemente para acabar de una vez por todas con la gran domesticación iniciada desde Plotino, desde Filón). Deleuze, lector de Nietzsche y de Chestov, le invitaba ciertamente a ello. Sin embargo, Vuarnet se distanciará de Deleuze, abandonando pronto

su estela para seguir la de Klossowski, quien le será en adelante más cercano.

UN SALVAJISMO INFANTIL – ¿Se define, pues, la filosofía-artista sólo negativamente? Tal vez, pero poco importa. Porque su negatividad no le pesa. Lo que le sorprende, a lo sumo, es que la positividad no se le presente al pensamiento tal como es: pesante y privativa. La negatividad, al contrario, no se priva de nada, pues lo retoma todo y lo convierte en un juego que no reconoce todavía a sus propios niños. A los niños nacidos de ese juego, a cuyo nacimiento exhortaba Nietzsche, Jean-Noël Vuarnet les da, como se verá, todo tipo de nombres: arlequines, magos, dandis, ilusionistas, libertinos, etc. (tíente añadir: «traductores», lo que él también fue). Los cuales son como todos esos personajes de un pensamiento; los cuales son todo aquello en lo que el pensamiento se sigue reconociendo, no reconociéndose ya más que aleatoriamente en la conceptualidad.

EL PERSONAJE CONCEPTUAL – Ciertamente, el concepto es uno de los «*modos posibles del pensamiento*»², admite Vuarnet en *Le Philosophe-artiste*. Quien, por ende, no lo rechaza, como mucho lo relativiza. Relatividad discreta, o mejor aún: se guarda de decir lo que queda del concepto una vez desfundamentalizado (*Grund-Begriffe*, en el lenguaje de Heidegger), es decir, una vez que ha pasado por el arte, que lo ha atravesado, que ha sido sobrecogido, metamorfoseado. Nada, evidentemente. Sin duda, la palabra ya no es útil, el propio Bataille, por ejemplo, ya no la emplea sino accidentalmente. Vuarnet sí, pues aún le sirve: la emplea o emplea sus restos, o su metamorfosis, o su «sobrecogimiento» (su transición), para constituir algo nuevo, parcialmente retomado de Deleuze, parcialmente elaborado por él mismo: el «*personaje conceptual*». El cual es el «heterónimo» del filósofo, cuando el nombre del filósofo no es más que el

2 J.-N. Vuarnet, p. 28 de la presente edición.

pseudónimo de sus personajes. No un concepto, pues, ni siquiera un «*ensamblaje conceptual*», sólo una «*zona de turbulencia*» que, a falta de algo mejor, puede calificarse «*de artista y/o revolucionaria*»³.

REVOLUCIONARIO – Si se quiere. O como él mismo lo quiere. Y no lo quiere como lo quieren los revolucionarios en general, quienes no descansan más que cuando han logrado la sumisión del mundo y de los hombres (sumisión que denomina: «*utopía administradora*»⁴). Para Vuarnet, la revolución se da en este sentido, y únicamente en este sentido, donde se oye la inagotable lección de Sade: « [...] *una insurrección permanente y la necesidad reivindicada de la permanencia de la inmoralidad*»⁵. La revolución como inmoralidad es aquello contra lo que se indignan todos los revolucionarios al unísono (todos los filósofos también), así como algunos falsos filósofos-artistas. Para éstos, ésta puede como mucho no ser moral, o ser moral sólo en parte, pero ninguno de ellos la asignará a la inmoralidad (en cuanto a esto, Sade no es revolucionario según ningún de los sentidos que no haya establecido él mismo y en los que todos coinciden).

ANTIDIALECTISMO – Siguiendo una táctica sutil, Vuarnet avanza cautelosamente. No dice de la dialéctica (ni tampoco del concepto) que en adelante deba ser desdeñada; la reserva. A lo sumo, insinúa que ya no se impone. Que ya no se les impone, por ejemplo, a los filósofos-artistas que «*son reacios a cualquier salida, porque cualquier salida proviene de una traducción de la pluralidad en un sistema de contradicciones y de la resolución de esas contradicciones en una única dirección*»⁶. La época incitaba sin duda a tomar esa cautela,

3 *Ibid.*, p. 30.

4 *Ibid.*, p. 204.

5 *Ibid.*, p. 88.

6 *Ibid.*, p. 31.

ese diplomatismo de circunstancias. Pues se admitía que Nietzsche fuera una de las figuras tutelares, pero a condición, no obstante, de no omitir que ciertamente Freud, pero sobre todo Marx también lo eran. Casi todo el mundo manifestaba su acuerdo al respecto. Acuerdo del que se ha podido medir retroactivamente hasta qué punto pretendía conciliar lo que era irreconciliable. Hasta qué punto pretendía lograr que las figuras de la rebelión fueran las mismas que las de la revolución —o como mínimo, que no se opusieran unas a otras. Vuarnet, por su parte, es perfectamente consciente de que esos dos tipos de figuras son esencialmente irreconciliables, por ello las distingue de parte a parte, pese a no oponerlas término a término (las santas, las «sexuales», las locas se lo permitirán posteriormente).

LA DIFERENCIA – A la dialéctica, le opone lo plural, lo diferente (etc.). Su pluralismo es constitutivo y se afirmará. Su diferencialismo también es constitutivo y también se afirmará. Pero al no haber renunciado tácticamente todavía por completo al concepto, volverá a hablar en *Le Philosophe-artiste*, casi conceptualmente, de LA «diferencia», la cual le parece ser el medio para que LAS diferencias (lo impuro, lo plural) acaezcan, vivan, queden a salvo, a la espera de ser reconocidas. De éstas, admite inmediatamente que son «*irresponsables*» o «*peligrosas*» (elogiándolo al mismo tiempo); luego, que «*en el tribunal de la verdad*», del que en definitiva no se deshacen sin dificultad, les cuesta aportar la prueba de ellas mismas, así como de su inocencia. Lo que hace que sean residualmente trágicas. Trágica es efectivamente, admite, «*la recaída religiosa o herética, la locura, la culpabilidad*»⁷ que amenazan incesantemente al filósofo-artista.

7 *Ibid.*, p. 61.